

■ FERRI CHULIO, Andrés de Sales y MORI, Donato: *San Pedro de Alcántara en el Arte Europeo*, Valencia, Imprenta de Luis Palacios, 2003.

*Sergio Ramírez González*

*...estaba el espíritu grueso como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies; [...] pareceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día [...]. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared [...]. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima [...]. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer [...]. Su pobreza era tan extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden y no conocer fraile, si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás [...], a mujeres jamás miraba. Mas era muy viejo cuando le vine a conocer y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle.*

Las breves pero aun sentidas palabras de la reformadora carmelitana Teresa de Jesús al describir física y espiritualmente a su compañero, consejero y confidente Pedro de Alcántara, dan buena muestra de la impronta de un personaje religioso que se halla ocupando,



sin temor a equivocarnos, un lugar preferente en el "Olimpo" celestial Seráfico. Juan de Sanabria, más conocido por su nombre religioso de Pedro de Alcántara, nació en la provincia de Cáceres en 1499 y, allí mismo, en plena juventud y tras estudiar Filosofía y Cánones en Salamanca, tomó el hábito franciscano en el convento de Santa María de Majorretes, recibiendo poco tiempo después el orden del presbiterado.

Pese a estar criado en una familia de noble alcurnia, el fraile extremeño se distinguió básicamente en su trayectoria religiosa por exhibir una estricta observancia y un intenso rigorismo que desembocó en una más que considerable austeridad fundamentada en la renuncia a los placeres mundanos e, incluso, en la negación de sí mismo. Como fruto de este espíritu catártico, impulsó una reforma franciscana en España con la que pretendía volver a la primitiva senda de los Frailes

Menores -en la personificación de la figura del *Poverello*- para, así, imitar en todo lo posible la ingente labor vivificante que Jesucristo emitió a sus discípulos en aras de alcanzar la pobreza y humildad más extremas. Auspiciado por su labor propagandística por Castilla y Portugal, a mediados del siglo XVI le fue concedida licencia para llevar vida eremítica y fundar el nuevo convento de El Palancar donde se pondrían en práctica, por vez primera, todos los postulados que con tanto ahínco había defendido. Además de ejercer el cargo de custodio de diferentes monasterios y ser provincial de los alcantarinos de San Gabriel, aceptó al final de su vida, y contra su voluntad, la función de Comisario General de los franciscanos reformados, hasta que una violenta enfermedad acabó con su vida en 1562 mientras se encontraba realizando un viaje de inspección en el cenobio de Arenas (Ávila). A petición popular, fue beatificado en 1622 por Gregorio XV y canonizado en 1669 de la mano de Clemente IX.

Estas notas biográficas sobre San Pedro de Alcántara sirven para asimilar de una manera adecuada el contenido y desarrollo del presente libro en relación a los capítulos más destacados de su recorrido vital. En efecto, el trabajo dedicado al Santo reformador consigue proyectar una impresión de conjunto a partir de un repertorio iconográfico pocas veces repetido en estudios de similar calibre. Pero, sin duda alguna, gran parte de este mérito se debe al tesón, laboriosidad, experiencia y formación de ambos autores, el sacerdote Andrés de Sales Ferri Chulio y el Dr. Donato Mori, quienes han aunado sus conocimientos e investigaciones para sacar a la luz pública una obra de

envergadura difícilmente superable. Nacido en la ciudad valenciana de Sueca en 1947, Andrés de Sales Ferri Chulio es un hombre polifacético, de amplia formación teológica y escriturística, cuyo interés por la Orden Seráfica del Padre San Francisco le vino ya de pequeño al tener contacto con las comunidades de frailes menores y capuchinos establecidas en su población de origen.

De pluma amena y fluida -son más de cien publicaciones las que cuenta entre libros y opúsculos- ha encontrado su punto álgido de madurez en la obra titulada *Francisco Vergara Bartual (L'Alcudia, 1713-Roma, 1761). Un escultor del Settecento romano*, al mismo tiempo que le ha servido de inspiración para adentrarse en profundidad en la figura histórica de San Pedro de Alcántara a través de la escultura que el artista valenciano hiciera para la basílica de San Pedro del Vaticano (Roma). Si a esto unimos su función de responsable del Archivo de Religiosidad Popular del Arzobispado de Valencia podrá entenderse mucho mejor la facilidad interdisciplinaria a la hora de afrontar el tema de base. Por su parte, Donato Mori, natural de Pesaro (Italia), es licenciado en Letras Modernas por la Universidad de Urbino, habiendo presentado la Tesis Doctoral en Historia del Arte sobre la *Iconografía di San Pietro d'Alcántara nelle Marche*; un trabajo magnífico ramificado y ampliado, a la postre, con obras y artículos que versan sobre los personajes y monasterios de la Orden franciscana en Italia, además de aspectos concretos relativos a la historia de la música. Su ofrecimiento a publicar distintos fragmentos de la citada Tesis en la actual obra de *San Pedro de Alcántara en el arte europeo* provocan que esta

recopilación de datos e imágenes se convierte, junto a los trabajos realizados por el Dr. Salvador Andrés Ordax en la Universidad de Valladolid, en el corpus fundamental para el conocimiento de la vida e iconografía del Santo extremeño.

Se trata, pues, de una meritoria aportación a la historiografía del arte -por lo que de innovador y particular tiene la obra- creándose, debido a su ordenación sistemática y discurso razonable, un modelo a seguir en los estudios posteriores que puedan emprenderse sobre personajes religiosos de la Edad Moderna, ya sea como investigación científica particular o, bien, insertado en los cada vez más comunes catálogos de exposiciones. El libro en cuestión se inicia con un capítulo dedicado a la tipología iconográfica de San Pedro de Alcántara desplegado de forma cronológica y dividido en epígrafes, con el objetivo, bien claro, de facilitar su comprensión, la búsqueda y rápida localización de episodios concretos.

De este modo, la espiritualidad seráfica de San Pedro de Alcántara y su afición a la escritura le hacen aparecer en numerosas ocasiones en estado de ascesis, contemplación y oración, de la misma manera que tratando de emprender la redacción de la obra con la que alcanzó la gloria literaria -*Tratado de la Oración y Meditación*- y cuyos versos fueron atribuidos a la revelación divina, en este caso, representada mediante la paloma del Espíritu Santo. A este bloque, corresponde asimismo la actitud del Santo de escribir las constituciones de la reforma alcantarina salidas de su puño y letra. Su estrecha relación con la también reformadora carmelitana Santa Teresa de Jesús, suscitó todo un intercambio de motivos em-

blemáticos entre las respectivas Órdenes; de hecho, solía ser frecuente en la época la representación del Santo franciscano ofreciendo los sacramentos de la confesión y comunión a la religiosa avilesa, e, incluso, apareciéndosele maravillosamente una vez fallecido.

Sea como fuere, la imagen canónica del Santo incorporada e interpretada por los artistas de la Edad Moderna, mostraba comúnmente al religioso ante la imponente Cruz del Pedroso, unas veces en éxtasis, levitando ante ella con actitudes heterogéneas y acompañado por ángeles portadores de instrumentos penitenciales, o simplemente abrazando el símbolo redentor del mundo en pro de su honra por el orbe cristiano. La muerte del fraile seráfico dio vía libre, imbuida del ambiente místico y ascético propio de la mentalidad barroca y favorecida por los relatos de sus propios compañeros, a una serie de leyendas y acontecimientos milagrosos a él atribuidos que fueron tomando protagonismo en los programas decorativos de templos y conventos, consiguiendo relanzar la imaginación de los fieles con escenas de dramático impacto teatral favorables, en todo momento, a la labor proselitista de la Orden. En este sentido, es habitual observar lienzos de los siglos XVII y XVIII con pasajes como la aparición de Jesucristo y la Virgen y la de San Juan de Capistrano en gloria, la intervención espiritual de San Pedro de Alcántara en el incendio de un convento carmelita, la salvación en un naufragio de Agustín Navarro de Burema y el sorprendente paso de un río caminando sobre las aguas. Efectivamente, a la gloriosa muerte de San Pedro de Alcántara víctima de una cruel enfermedad mientras trabajaba en su labor de Comisario General,

se unió, principalmente y entre otros muchos lances, la Apoteosis a los Cielos, su intercesión por las almas del Purgatorio, la victoria sobre la tentación personificada y la localización de su figura en el árbol cronológico de los beatos y santos franciscanos más significativos.

Precisamente la organización aquí expuesta es la seguida en la parte ilustrativa del trabajo con un amplio repertorio de grabados, lienzos y esculturas -quizás el más importante nunca hecho sobre el religioso-, datados, en su mayoría, durante los siglos XVII y XVIII y localizados especialmente en España e Italia y, en menor medida, en países del Este de Europa. Avaladas por el rigor científico y el buen hacer de los autores, las láminas del libro presentan a sus pies las aclaraciones correspondientes a la temática, autor, fecha e historia particular de cada una de las piezas artísticas, rebasando el mundo de las tres modalidades por excelencia para adentrarse en las erróneamente denominadas "inferiores" como son las artes decorativas, dibujos, vidrieras y cerámicas.

No obstante, todas las ilustraciones encuentran un claro denominador común en la figura de San Pedro de Alcántara, quien se hace acompañar de santos de las órdenes franciscana, carmelita, mercedaria y dominica y que, a causa de las fuertes disciplinas padecidas, se representa en la imagen artística con una fisonomía seca y raquítica que lo hace fácilmente identificable. Estos rasgos distintivos fueron ya resaltados por algunos de sus contemporáneos y oficialmente declarados por Miguel Vázquez en 1615 con motivo del proceso de beatificación llevado a cabo en Ávila: *...era hombre*

*corpulento y de buena estatura, buen rostro, color rubio, la cabeza grande y muy calva, y unas arrugas grandes en la frente.*

Mención aparte merecen los capítulos dedicados a la ceremonia de canonización de San Pedro de Alcántara y la imponente escultura que se encargó sobre el personaje al escultor valenciano Francisco Vergara Bartual. Coincidiendo con la elevación a los altares de Santa María Magdalena de Pazzis, las faustas celebraciones de canonización en honor del santo extremeño promovieron unas solemnes fiestas de acción de gracias, donde la basílica de San Pedro del Vaticano se manifestó con el boato propio que requería la ocasión al situarse los estandartes de las figuras de los religiosos en la puerta mayor y las pinturas con los milagros pertinentes entre las pilastras principales de la fábrica. Para este mismo edificio se destinó en el siglo XVIII la escultura en mármol de San Pedro de Alcántara del valenciano Francisco Vergara que por sus características constituyentes, formales y estéticas marcaron un antes y un después en las artes plásticas del momento, dejando un reguero de reproducciones sobre el susodicho personaje influenciadas directamente de este modelo.

En definitiva, nos hallamos ante un libro que no sólo destaca por su contenido, sino que su continente -en referencia al excelente trabajo de maquetación y encuadernación- despliega una exquisita elaboración y una acertada elección de las ilustraciones en la portada y contraportada, atrayendo directamente al lector con un primer golpe de vista. Más que un libro para leer, se trata de un libro para

ver, ojear y contemplar en la sugestión que todo libro transmite, permitiendo, a la vez, sacar conclusiones al investigador ante la variedad de testigos artísticos que aquí se exponen; en fin, un libro para disfrutar del Patrimonio Cultural de la Edad Moderna en la persona de un francisca-

no humilde, pobre y harapiento que, sin embargo, supo transmitir siglos después la esencia original ya ejemplificada por aquel que cantaran como *juglare di Dio*, San Francisco de Asís. Y es que como diría una voz popular acreditada "los santos de ahora no son como los de antes".